

BREVE HISTORIA de la...

MUJER

Sandra Ferrer Valero



Un apasionante recorrido por el protagonismo de la mujer en el ámbito público y privado desde la prehistoria hasta nuestros días.

Su papel determinante en diferentes culturas y la historia excepcional de su lucha hasta conseguir el derecho al voto y el control de su propio cuerpo. Una visión de conjunto que rompe estereotipos históricos

El Imperio bizantino

6. El Imperio bizantino, que fue el Imperio romano de Oriente, sobrevivió durante más de mil años, hasta el año 1453, cuando cayó ante el asedio de los turcos otomanos. Durante su larga historia, el Imperio bizantino fue un poder importante en el mundo, especialmente en el Mediterráneo oriental. Su cultura y arte influyeron profundamente en el mundo occidental. El Imperio bizantino fue un imperio cristiano, que se convirtió en el centro de la cristiandad oriental. Su capital, Constantinopla, fue una de las ciudades más importantes del mundo durante siglos. El Imperio bizantino fue un imperio que se caracterizó por su estabilidad y su poder. Su historia es una historia de gloria y de tragedia. Su caída fue una tragedia para el mundo cristiano. Su legado es un legado que sigue vivo hoy en día.

EL ESTATUS JURÍDICO DE LA MUJER BIZANTINA

Breve historia de la mujer

El Imperio bizantino había sentado sus bases sociales en el Alto Imperio romano y en el cristianismo incipiente que, como vimos, acabó imponiéndose como religión oficial. Sin embargo, en Bizancio no encontramos una figura similar a la de las poderosas matronas romanas que al principio de nuestra era habían alcanzado un alto nivel de independencia jurídica y económica. Por lo contrario, las mujeres bizantinas fueron dibujadas con los patrones definidos por los primeros padres de la Iglesia cristiana, que se olvidaron del respeto que habían recibido de su principal figura, Jesús, e insistieron en que eran inferiores a los hombres en muchos aspectos.

Aún en los primeros tiempos del Imperio bizantino, sobrevivieron algunas disposiciones establecidas en Roma respecto a sus derechos jurídicos y patrimoniales en Roma León VI, en el siglo IX, decidió restringir, insistiendo en su condición de menor de edad ante la ley. Los principales roles de la mujer bizantina no variaron demasiado respecto del pasado. Casarse y tener hijos era su principal tarea. Lo que sí empezó a verse modificado fue la importancia legal y espiritual del matrimonio como institución protegida no sólo por el Estado, sino también, y sobre todo, por la Iglesia. La unión de un hombre y una mujer era el fruto de una negociación concertada por sus familias basada en intereses económicos y de clase. La dote que aportaba el padre de la novia era para ella y el marido no podía disponer de dichos bienes a menos que se pactara previamente. Algunos de los objetos de valor que se incluían en la dote se mostraban en la cámara nupcial días antes de la boda, una celebración que durante siglos fue evolucionando desde fórmulas similares a las utilizadas en la Roma antigua hasta rituales en los que la preponderancia del vínculo espiritual marcado por la Iglesia se fue afirmando. La víspera de la

boda la novia tomaba un baño ritual después del cual se arreglaba y se vestía con un vestido blanco con bordados en oro. El novio recogía a la novia, cuyo rostro permanecía velado, para trasladarse a la iglesia y de allí al hogar del marido. Antes de iniciar el banquete nupcial, el ya esposo podía ver el rostro de su recién nombrada esposa. Todos los festejos y jolgorios que rodeaban a los momentos previos y posteriores al rito del templo fueron progresivamente mitigados por orden de las autoridades eclesiásticas, que veían en tales celebraciones de júbilo demasiadas reminiscencias de un pasado pagano. En este sentido, la Iglesia intentó impedir durante mucho tiempo que el matrimonio fuera consumado el mismo día en que habían recibido a Cristo, por lo que los esposos no se unían carnalmente hasta pasados unos días. Era entonces cuando se procedía a la comprobación de la virginidad de la esposa mostrando un manto blanco manchado de su sangre. Las nuevas creencias religiosas impusieron a la mujer un temor irracional a la esterilidad, pues según dichas creencias, si un matrimonio santificado por la Iglesia no tenía descendencia era por causa de algún pecado cometido.

Cuando una mujer descubría que estaba embarazada, a buen seguro que sentiría una mezcla de alegría por haber conseguido su objetivo y de temor ante los peligros del parto. Eran tales los miedos que lo primero que hacía una mujer antes de dar a luz era confesarse ante un clérigo y recibir la comunión. A la protección de la Iglesia oficial se unían supersticiones paganas que utilizaban las comadronas junto con su experiencia obstétrica. El parto acostumbraba a realizarse en el hogar. Los hospitales que se fundaron en Bizancio para dar a luz estaban pensados para mujeres de pocos recursos que no tenían un lugar adecuado para traer a un niño al mundo. Cuando al alumbramiento terminaba felizmente, la mujer pasaba por un período de impureza que solía durar unos ocho días.

Dentro del hogar, los modelos educativos antiguos permanecieron en Bizancio. Hasta los seis o siete años, los niños y niñas recibían su primera formación de manos de sus propias madres. A partir de entonces, mientras que los niños salían a las escuelas a continuar sus estudios, las niñas permanecían junto a sus madres, quienes instruían a sus hijas para convertirse en esposas, hecho que sucedería en un breve período de tiempo, pues no era extraño que a los doce años se considerara apta para el matrimonio. Además de educar a sus hijos, las mujeres se hacían cargo de la buena marcha de su casa que, dependiendo de la clase social y del nivel económico de la familia, era más o menos amplio. Hilar, tejer, coser, elaborar alimentos básicos como el pan, eran las principales tareas de las mujeres.

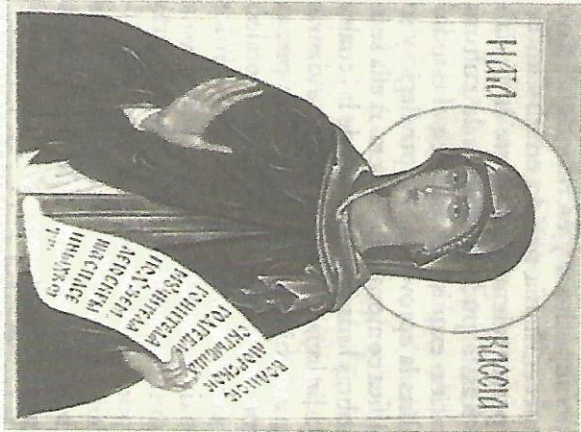
Mientras que dentro del hogar disfrutaban de cierta libertad, pues los maridos se inmiscuían poco en sus labores domésticas, fuera de los muros de la casa familiar debían mostrarse discretas y no exponerse a la mirada pública si no era estrictamente necesario y siempre con el rostro velado. Las situaciones en las que se aceptaba que una mujer saliera de casa se reducían a fiestas familiares, asistir a un parto o participar en ceremonias religiosas. Las mujeres también tenían permitido asistir a los baños públicos reservados exclusivamente para ellas. A diferencia de la mujer en Roma, Bizancio permitió a las esposas que quedaban viudas asumir el control legal del patrimonio de su difunto esposo, así como la tutela de sus hijos.

MUJERES ERUDITAS Y MUJERES DESPROTEGIDAS

El Imperio bizantino no nos ha legado grandes nombres femeninos relacionados con ningún ámbito del saber. Pocas figuras destacan tímidamente en el oscuro silencio de las mujeres apartadas del conocimiento.

Kassia fue una compositora y escritora que vivió en el siglo IX. Al parecer, había nacido en el seno de una familia noble perteneciente a la corte imperial. Excepcionalmente, Kassia pudo acceder a la cultura recibiendo una educación exquisita, basada en el estudio de la Grecia clásica. Kassia aprovechó este privilegio y se convirtió en una prolífica compositora y poeta. A ella se le atribuyen cincuenta obras litúrgicas, algunas de las cuales aún se escuchan en la liturgia ortodoxa oriental. Además de piezas musicales, escribió más de doscientas piezas literarias entre poemas, epigramas y sentencias morales. Kassia es la primera compositora bizantina cuya música ha llegado a nuestros días. Su labor intelectual la llevó a cabo tras ingresar en un convento que ella misma fundó en Xerolophos, después de haber rechazado al mismo emperador Teófilo. Como ella, nos han llegado los nombres de otras abadesas bizantinas, Tekla, también del siglo IX o Paleologina, del último siglo de pervivencia del Imperio bizantino. Si en el ámbito de la música estos son los escasos nombres que nos han llegado, poco menos esperamos de la literatura. Solamente podemos hacer referencia a una mujer, Ana Comnena, considerada la primera historiadora conocida.

Ana, nacida a principios del siglo XI, era la hija primogénita del emperador Alejo I y su esposa Irene Ducas. En palacio, la joven princesa recibió una extensa educación que le permitió convertirse en una mujer sabia. Condenada al exilio tras intentar derrocar a su propio hermano, Ana se dedicó a escribir la historia del reinado de su padre, la *Alexiada*. A Ana Comnena se le reconoce también el mérito de haber estudiado medicina, astronomía, matemáticas y rudimentos de estrategia militar. Otras mujeres de la casa real bizantina estudiaron disciplinas científicas y algunas las llegaron a aplicar, como Zoe, quien llegó a organizar en sus aposentos un laboratorio de



Icono medieval que representa a Kassia, una de las pocas mujeres cuyo nombre ha llegado hasta nosotros. Fue compositora y escritora y parte de sus piezas musicales aún se interpretan en las iglesias bizantinas.

química en el que realizó experimentos y creó sus propios perfumes.

Las mujeres fueron, en definitiva, relegadas a la reclusión del hogar si querían recibir la aceptación condescendiente de una sociedad masculina que tenía de ellas una imagen poco halagüeña. A menudo, las mujeres de las clases bajas tuvieron que buscar maneras menos honrosas, según los criterios de reputación social de la época, tales como dedicarse a la venta ambulante o regentar sus propios negocios de peluquería o dirigiendo los baños públicos. Algunas se dedicaban al mundo artístico, como actrices, bailarinas, cantantes o intérpretes de algún instrumento. Un mundo cuyo límite con la prostitución, sin duda en el nivel más bajo de la escala social, era muy difuso. Las prostitutas, ya fuera como profesión exclusiva

o como complemento a su actividad artística, vivían a menudo en condiciones de mendicidad. La sociedad bizantina no sólo aceptaba su existencia, sino que incluso se las tenía en cuenta por parte de las altas esferas eclesásticas e imperiales a la hora de repartir limosna entre los más necesitados.

LA RELIGIOSIDAD FEMENINA

La Iglesia bizantina siguió la misma senda que la Iglesia de Occidente en lo que respecta a su visión de las mujeres. Consideradas como origen del pecado, seres malignos a los que había que controlar, las mujeres tuvieron un papel muy marginal en la vida litúrgica. Alejadas de las actividades principales de la Iglesia, las mujeres debían permanecer también alejadas de sus principales miembros, no fuera que se convirtieran en fruto de la tentación. Solamente las diaconisas se ganaron un cierto respeto, pero a partir del siglo VI empezó su inexorable declinar. Su principal papel como ayudantes en el bautismo de las mujeres desapareció cuando se inició la costumbre de bautizar a los nuevos miembros de la Iglesia al poco tiempo de nacer. En la eucaristía, las mujeres laicas que asistían al templo se disponían alejadas del altar y de los hombres y se les exigía estricto silencio y recato.

Los conventos en Bizancio estaban llenos de mujeres que no habían escogido voluntariamente una vida monacal, desde las jóvenes de familias pobres que no podían recibir una dote para contraer matrimonio, hasta reclusas que eran encerradas en conventos contra su voluntad, pues no se consideraba ético encerrar a una mujer en una prisión convencional.

Las mujeres que sentían una sincera llamada a la vida religiosa debían convivir con muchas otras que no tenían

la de cualquier otro convento femenino fundado en el Occidente medieval, donde las funciones de cada una de las monjas estaban rigurosamente definidas.

LAS PODEROSAS *BASILISSAS*

Helena, madre del primer emperador cristiano, Constantino el Grande, fue la primera mujer de la familia imperial en ser elevada al estatus de Augusta cristiana. Antes que ella, otras madres, esposas o hijas de emperadores romanos habían sido nombradas como tales, pero es Helena la primera que inició la imagen augustea en su versión cristiana. Helena dibujó la nueva figura de emperatriz cristiana, piadosa, y garante no sólo de la legitimidad dinástica sino también del nuevo credo. A Irene y Teodora, esposas de Teófilo, se las recuerda como defensoras de los iconos en la larga y violenta crisis iconoclasta que sumió a Bizancio en un conflicto religioso en el que estas dos emperatrices jugaron un papel determinante. Siglos antes, Elia Eudoxia, esposa del emperador Arcadio, tuvo un importante papel como defensora de las posturas nicenas contrarias al arrianismo. Pulqueria, por su parte, regente de su hermano Teodosio, participó activamente en el Concilio de Calcedonia de 451 del que salió considerada como una «nueva Helena».

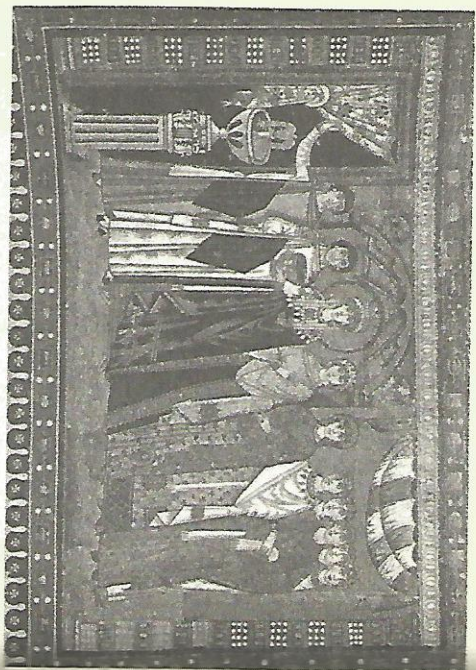
En Bizancio, a diferencia de Roma, donde el concepto de emperatriz como ejecutoras directas del poder no existía, las mujeres de la casa imperial bizantina sí que fueron consideradas como emperatrices, llegando a detentar el poder como regentes, en algunos casos y en solitario, una vez enviudaban, en otros.

Otra característica de las *basilissas* fue su origen, no siempre elevado. Mientras que algunas eran miembros de la casa real o provenían de familias de la corte o de la alta



CRANACH EL VIEJO, Lucas. *Santa Helena portando la Vera Cruz* (1525). Museo de Arte de Cincinnati, Estados Unidos. La madre de Constantino el Grande está considerada santa por la Iglesia católica y también por la ortodoxa. Además de por su papel como Augusta cristiana, Helena es recordada por su búsqueda de reliquias, sobre todo la cruz en la que murió Jesús, con la que se la representó en muchas ocasiones.

sus mismas inquietudes. Dentro de los cenobios, muchos de los cuales fueron contruidos por iniciativa de la emperatriz reinante, las mujeres disfrutaban de cierta libertad de movimientos. Podían entrar y salir cuando lo necesitaban, acompañadas siempre de alguna otra religiosa y podían recibir a sus familiares dentro del convento. La organización interna de un convento era muy similar a



La emperatriz Teodora y sus siervos, representados en un mosaico del s. VI de la iglesia de San Vital de Rávena, Italia. Teodora, esposa del emperador Justiniano, se convirtió en *basilissa* sin haber nacido en el seno de la familia imperial, ni en las altas esferas de la sociedad. Hija de un donador de osos del Hipódromo, Teodora se convertiría en una de las emperatrices más poderosas del Imperio bizantino. Defendió la promulgación de leyes a favor de los derechos de las mujeres regulando y protegiendo la situación jurídica del sexo femenino.

aristocracia de provincias, otras llegaban al poder desde los escalafones más bajos de la sociedad. El caso más conocido es el de la emperatriz Teodora, esposa de Justiniano, quien pasó de ser la hija de un donador de osos a la todopoderosa *basilissa* de Bizancio. En otras ocasiones, el *basileus* escogía a su esposa a partir de una suerte de certamen de belleza al que se presentaban todas las muchachas que aspiraban a vivir algún día en palacio como emperatrices. La misma Kassia, la compositora de la que hablamos un poco más arriba, terminó exiliada en un convento después

de humillar públicamente en uno de esos certámenes al emperador Teófilo.

Fueron pocas las emperatrices que nacieron en la conocida como cámara Púrpura, una sala decorada de color púrpura en la que las emperatrices daban a luz a los hijos legítimos de un emperador reinante y que llevarían el título de *porfirogeneta* (nacidos en la púrpura). Las más conocidas fueron las hermanas Teodora y Zoe Porfirogeneta, ambas hijas de Constantino VIII, y Ana Porfirogeneta, hija de Romano II. Fueran o no mujeres de sangre real, su papel fue en muchas ocasiones determinante para el imperio. La importancia de algunas emperatrices se vio reflejada en la construcción de imponentes estatuas de cuerpo entero en las que aparecían acompañadas de sus esposos o incluso en solitario, demostrando su gran poder.